

CUENTO N° 94

TITULO: EL CAUTIVO

SEUDÓNIMO: TEZCATLIPOCA

AUTOR: ALVARO ANTONIO MEDINA AEDO

EL CAUTIVO

El primer gusano comenzó a subir. Pudo percibirlo en su empeine por el levísimo roce producido al deslizarse y luego ascender. Solo necesitaba esperar en absoluta inmovilidad a que llegara a su rodilla, el punto conveniente de captura, prestando máxima atención a las débiles señales de sus movimientos.

Intentó otra vez adivinar su color. Seguro de la ubicación, lo aprisionó con los dedos para llevarlo a la boca. El sabor desagradable, ya no le molestaba. Constituía su único alimento. Tres diarios. Número invariable mantenido así por años. Salían uno a uno, con diferencias de horas.

Terminada la primera comida empezó a moverse con tranquilidad. Fue a una parte del muro de obsidiana donde brotaba humedad. Goloso lamió hasta saciarse. Ahora disponía de mucho tiempo antes de la próxima oportunidad de volver a alimentarse. Caminó descalzo sobre las irregularidades de la roca volcánica. Cuatro pasos cortos al murallón similar a una chimenea, creada por la naturaleza. Igual distancia en cualquier dirección. Disfrutaba de esos breves desplazamientos. A veces, con sus manos, se entretenía ubicando minúsculas oquedades o protuberancias de la piedra que le eran familiares. En ese espacio oscuro y silencioso sentía la plenitud.

A la espera del segundo nemátodo vio el brillo chisporroteante de antorchas. Arrojaron una larga liana con algo semejante a un estribo en su extremo. Puso un pie en él, siendo de inmediato subido a la superficie. Seis guerreros lo esperaban. Tapado, se dejó conducir mansamente. Debieron avanzar un amplio trecho hasta dejar la caverna.

Era liberado en contadas ocasiones. Lo capturó un grupo de cazadores de regreso a la tribu cercano al amanecer, azotados por una lluvia torrencial. Los relámpagos mostraron una figura dormida entre las ramas de un árbol. Al descenderlo a tirones, vieron el cuerpo desnudo de un joven. Sus pupilas emitían una luminosidad de bestia indomable.

Con los animales cazados y el prisionero, regresaron a un conjunto de chozas. Su llegada produjo alboroto. Pronto fueron rodeados por muchos. Un hombre macizo, autoritario, irrumpió a empujones. El muchacho delgado lo contemplaba tranquilo. Sus ojos tenían la tonalidad de las aguas profundas del río cuando viene desbordado, arrasando todo a su paso. Ninguno logró permanecer indiferente frente a esa expresión inescrutable, capaz de encubrir lo desconocido dentro de ella. Necesitaban una decisión. Esta fue inmediata: Su destino serían las tinieblas.

Atado, con la cabeza cubierta, un puñado de hombres lo condujo a la cueva en cuyo interior existía un pozo natural seco formado hace milenios. Allí lo obligaron a descender como una araña suspendida en su tela.

Junto con aparecer la luna creciente, el brujo concurrió a constatar su muerte. En aquella oscuridad espesa del fondo, vio dos pequeñas luces observándolo.

En períodos de calamidades, plagas o malas cosechas, se acordaban del cautivo. Esta vez intuyó que podría tratarse de una situación peor a todas las anteriores. Ante la presencia del jefe le quitaron la protección que lo cegaba. A los pies, el pequeño primogénito tendido de espaldas sobre una parihuela. Se quejaba de forma constante. No podía llorar, imposible hacerlo con esas cuencas vacías y ensangrentadas.

No requirió órdenes para saber qué se esperaba de él. Pidió ser llevado al riachuelo, siempre custodiado. Recorrió la orilla, atento a los guijarros iridiscentes bajo el agua cristalina. Eligió los precisos, de tonos verdes y tamaño parecido. En la aldea los aguardaban todos. Rodeándolo a distancia notaron como introducía una piedra en cada órbita del niño, cubriéndolas con hojas frescas, seleccionadas. Permaneció horas en cuclillas. De súbito los lamentos constantes desaparecieron, reemplazados por el suave sonido de ramas mecidas en la brisa.

Se aproximó al muchachito a fin de quitarle la costra vegetal que le cubría las facciones. Una mirada siguió sus gestos, provocando un murmullo de asombro en los presentes, rápidamente ahogado.

Regresado al cautiverio, transcurrió un extenso período durante el cual no lo importunaron. Aquel día, las teas encendidas en lo alto con su luz invasora, le señalaron el término. Fue expuesto a la tiranía luminosa del sol que le maltrataba la piel, cubriéndola de sudor. Debió caminar al centro de una explanada. Allí se había congregado la tribu. Lo convocaba un adolescente. A su costado, en el suelo, una cabeza cercenada. Ojos de jade miraron al recién llegado de una manera especial. Alzó el trofeo por los cabellos, mostrándolo en un movimiento circular, antes de arrojarlo. A continuación, tomó los ornamentos pectorales del cadáver y se los puso.

Instalado en su trono, con el bastón de mando empuñado, le hizo una seña. Se acercó a la nueva autoridad, poniéndose de rodillas. En esa posición recibió los símbolos de consejero, gesto celebrado con un rugido.

Sentado a sus pies, mientras los hombres aprovechaban las circunstancias para beber hasta embriagarse, supo que le habían arrebatado la libertad.

